


ÍNDICE



Prólogo de Álex Rovira	9
Presentación	13
El argumento	19
El tesoro	27
La estrella de mar	35
La mala vida	45
Los clavos	57
Mi abuelo	67
Nogard	79
Agradecimientos	91

PRÓLOGO



*«¿Quién dijo que todo está perdido?
Yo vengo a ofrecer mi corazón».*

El sentido de nuestra vida se construye de instantes plenos, pellizcos de tiempo que se graban en nuestra memoria con las llamas que nacen del amor de nuestros afectos. Momentos en los que todo tiene sentido por el poder de una sonrisa auténtica, una palabra sincera, un gesto amable, un beso verdadero, una caricia sentida, un abrazo cálido que apuntalan la vida cuando esta tiembla o, incluso, cuando todo parece derrumbarse.

Cuando leí «El argumento», uno de los bellísimos relatos que nutren estas páginas, ya que Juan tuvo la generosidad de brindarme su lectura mientras él avanzaba en la escritura de este libro, recuerdo que al acabarlo, no podía dejar de sonar en mi cabeza el estribillo de la preciosa canción «Yo vengo a ofrecer mi corazón» de Fito Páez, en la conmovedora versión interpretada por Mercedes Sosa:

*¿Quién dijo que todo está perdido?
Yo vengo a ofrecer mi corazón.
Cuando no haya nadie cerca o lejos
Yo vengo a ofrecer mi corazón.*

Se repetían como una letanía, una y otra vez, estos versos cantados en mi mente. El relato me conmovió. Y es que «El argumento» contiene en pocas palabras una postura existencial, una manera de entender el mundo y, a la vez, es un testamento vital, un maravilloso testamento vital. Un texto como este, así como los que le acompañan en estas páginas, sólo puede crearlos alguien que está en este mundo para servir, para cuidar, para acompañar, para amar. Alguien que ha venido aquí, a esta Tierra, a ofrecer su corazón. Y ese alguien es Juan Mateo.

Juan es un hombre bueno, esencialmente bueno, en el sentido literal de ambas palabras. Bueno, por bondad como ser humano, y bueno, por excelencia profesional. No conozco a nadie más trabajador, y lo digo con convencimiento. Y muy pocos humanos son generosos y amables, exquisitamente amables, como él. Si estás pasando un mal momento, cada día recibes su llamada que siempre, siempre, comienza con un: «¿necesitas algo?». Esta es su puerta de entrada: el interés por el bienestar de aquellos que le rodean y a quienes ama, permanentemente.

Entusiasta, noble y perseverante incansable, Juan combina altísimas dosis de creatividad con una sabiduría profunda, humilde y siempre sincera. Sus lápices le acompañan en todo viaje, y con su prístina caligrafía llena libretas con reflexiones, esquemas, aforismos e ideas que luego inspiran a los miles de lectores que leen sus libros, o a las miles de personas que tienen la suerte de escucharle y aprender con y de él. Si la caligrafía es el lenguaje del alma, la de Juan es transparente y sencilla, a la vez que hermosa y esencial.

Es el mejor socio y amigo que uno puede imaginar. Su mirada, azul y de frente, nada oculta. Es franco: no imposita. Tiene la ilusión que solo tienen las almas jóvenes que saben que esta vida es un milagro y que quizá lo más inteligente y conveniente es dar lo mejor de nosotros en cada instante. Vive enamorado, profundamente enamorado, de su preciosa mujer, Mati, a la que adora. Como también adora a sus hijos, del chiquitín al mayor: Juan, Andrea, Rocío, Natalia, Borja y Pablo, que son unos soles.

Y te preguntarás a estas alturas, querido lector, si esto es un prólogo o un panegírico. Es ambas cosas. Porque no puedo prologar el libro sin hablar del amigo, y dejo que sea el corazón el que hable, de modo que esto es lo que sale. Y debe ser así porque, para entender lo que viene en este libro, es importante conocer a quien lo escribe. Para dar el valor justo al mensaje, es bueno saber cómo es el mensajero. Y esta es mi experiencia sobre Juan Mateo. Y el resumen es muy sencillo: Juan ama. Ama la vida. Ama su trabajo. Ama crear. Ama innovar. Juan ama, repito. Pero ama con entusiasmo y con delicadeza a la vez. Alguien así, ¿cómo no va a escribir desde el corazón relatos que conmueven, que inspiran, que transforman a tantas personas?

Nada está perdido, si tenemos cerca a personas como Juan. Nada está perdido si, además, tenemos relatos, libros, como el que tienes en las manos. Porque nunca está nada perdido, si venimos a ofrecer nuestro corazón. Y eso es lo que hace Juan, hermano, amigo, maestro: ofrece, desvela y revela el poder del amor, de la acción al servicio del amor, y de la inteligencia al servicio del amor.

Uno sale de la lectura de estas páginas con más oxígeno en sangre, con más luz en la mirada, con más sonrisa en los labios, con más humor en el cuerpo, con más esperanza en el alma y con más fe en la vida, bañado en el convencimiento de que esta, a veces tan difícil, a veces tan maravillosa, vale mucho, mucho, mucho la pena.

Gracias, Juan, por construir sentido, por ofrecer tu sabiduría, por ofrecer tu corazón.

Nada está perdido, si tú estás cerca.

Tu amigo, que te quiere,

Álex Rovira

PRESENTACIÓN

Escribir un libro es, de alguna manera, desnudar parte de nuestra intimidad. Un libro es un acto de creación en el que te dejas algo de lo que eres, de lo que piensas y de lo que sientes para entregárselo a aquellos que tienen la generosidad de regalarte su tiempo y compartir contigo aquello que quieres contar.

Quizá por eso tienes un cierto sentimiento de culpa, pues te preguntas con demasiada frecuencia si a quien te lee le devuelves con creces lo que te entrega. El único consuelo es que uno no es culpable por lo que hace, sino por la intención con la que lo hace; nuestras culpas residen en nuestras intenciones. En mi caso, puedo asegurar que esa intención no tiene otro matiz que el de compartir aquello que, en algún momento, la vida me enseñó. Que sea interesante o no es otra cuestión (que, por cierto, no influye en la adjetivación de la intencionalidad con la que se hizo).

Cuando apareció la primera edición de *El argumento* —que incluía unos llamativos *pop-ups*—, se lo regalé a mis amigos. En parte, supongo, para que el sentimiento de culpa fuese menor debido al tiempo que no había podido dedicarles debido a él. También —¿por qué no?!—, porque sentía cierto orgullo hacia esa obra mía.

Una noche, mientras cenábamos en casa de uno de ellos, se me acercó su padre y me dijo:

—El libro me encanta, ¡de verdad!, pero quería preguntarte si todo lo que dices, lo que recomiendas, ¿tú lo cumples?

Recuerdo que me quedé sorprendido y tardé unos segundos en responder.

–No, ¡claro que no! –le dije con rotundidad–. Si así fuera sería un ser extraordinario y puedes comprobar que no he pasado de la calificación de normal.

Me miró, me puso la mano sobre el hombro y me dijo:

–Ahora me gusta más.

No quise en aquel momento, ni por supuesto ahora, decir que vivo de espaldas a lo que escribo o pienso. Lo que quise decirle, y por eso mi tardanza en contestar, es que, no solo creo profundamente en lo que escribo y recomiendo, sino que esas son mis metas. Otra cosa es que alcance el nivel de cumplimiento que me gustaría.

La edad, ese paso inexorable del tiempo, me ha convencido de que ser consecuente es ser una *rara avis* en el mundo actual; entendiendo que ser consecuente es conseguir la armonía entre lo que siento y lo que hago. Y es ahí donde busco siempre el camino que conviene transitar; que mi sentir, es decir, mis más profundas convicciones, y mi hacer, es decir, mis actos, se busquen constantemente.

No es muy habitual –quizá ese es uno de los dramas de las crisis que nos azotan– encontrar personas cuyos sentimientos concuerden con su existencia. Yo, si me lo permiten, lo intento todos los días, aunque no siempre con éxito. Por eso este libro no es una lección, es una búsqueda que me permita llegar a ser consecuente; entre otras cosas, porque no quiero ser quien no soy. No me interesa ser distinto de lo que soy. No por bondad o humildad, sino porque no quiero que mi corazón sufra ese desaliento. Estoy seguro de que la vida no soporta ser quien no eres. Podemos resistir muchas cosas, incluso la muerte de quien amamos, pero me parece imposible vivir sin soportar quienes somos para nosotros mismos y para quienes queremos.

De ahí nace *El argumento*, de sentimientos, de convicciones. Es un libro escrito con el corazón y repasado con la razón. Un libro que solo pretende conseguir que quien lo lea reflexione y disfrute; por eso elegí el relato corto como fórmula.

Mi deseo es que al finalizar su lectura les haya llegado al corazón porque, si algo importa en nuestra vida, es lo que queda en nuestros corazones, pues eso define, en gran medida, nuestra felicidad.

¡Gracias! Es lo último que puedo decirles. Gracias por su generosidad y por invertir su tiempo en esta lectura. Espero que, a partir de aquí, el viaje sea amable y tranquilo y que, mientras leen cada uno de los relatos, sientan que algo les queda y ayuda.

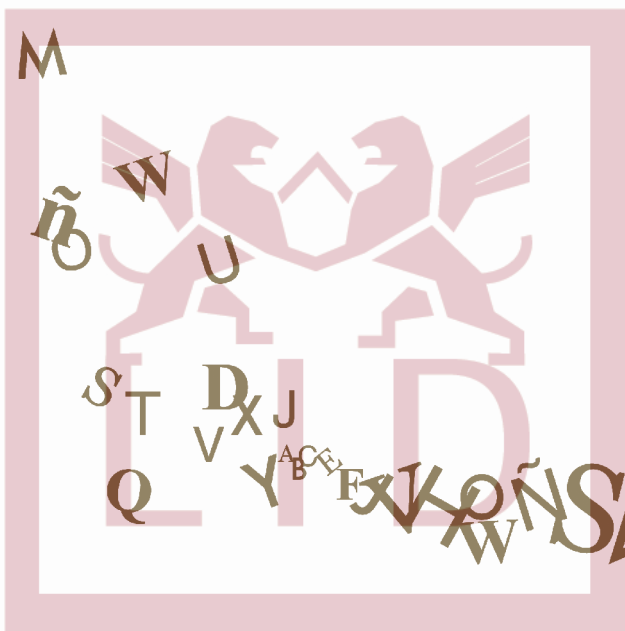
Solo me resta despedirme citando a uno de los más extraordinarios escritores, don Jorge Luis Borges. Él siempre decía:

«El verbo leer, como el verbo amar y el verbo soñar, no soporta el modo imperativo».

Hasta siempre.

B
E L I
D H
E

K



K
W
S
G I
B S
N



EL ARGUMENTO

Me separé de todos los que habían venido y me senté cerca del ataúd. Apoyándome en el respaldo de la silla, miré la cara blanquecina de aquel hombre que tanto había significado en mi vida. Fue entonces cuando sentí ese inmenso vacío que se produce cuando te das cuenta de que esa persona ya no estará a tu lado nunca más. No pude llorar, solo conseguí alzar mi mano y acariciar el rostro inerte de mi padre. Esa caricia intentaba devolverle el amor que tantas y tantas veces me había dado con una generosidad que nunca podré olvidar.

Me quedé mirándole y le dije: «te quiero». De nuevo le intentaba demostrar, por si aún me oía desde la distancia infinita, que todo lo que él hizo por mí había desembocado en el mejor de los sentimientos posibles. Un amor que ni esa distancia, ni el tiempo, conseguirían romper jamás.

Seguí mirándole y la tristeza dio paso a la ternura y la ternura me envolvió para hacerme comprender que, sin duda, mi padre seguía viviendo en mí y cerca de mí. Cerré los ojos y rememoré los abrazos, los paseos, los juegos y los besos que tantas y tantas veces me había regalado. De repente abrí los ojos y vi a mi madre que me observaba con dulzura y tristeza mientras su mano me entregaba un sobre blanco y cerrado.

–Tu padre me pidió que el día que faltase te lo entregara –me dijo mientras me acariciaba la cabeza en un gesto típico de ella–. Cariño –respondió ante mi mirada interrogante–, no sé

qué te dice, ni qué contiene. Me pidió que te dijese que lo leyese a solas, que era algo que él te debía.

—¿Deberme? ¡Deberme él a mí! Si lo que hizo toda su vida fue darme lo mejor —le dije mientras la abrazaba y rompía a llorar.

Instantes después me separé del regazo de mi madre para secarme las lágrimas y mirar con ansiedad el sobre. Lo abrí lentamente, como quien tiene entre sus manos algo muy valioso pero cuya fragilidad necesita de toda la atención. Me di cuenta de que mis manos temblaban y mi corazón latía con fuerza. Sin embargo, una sensación de placidez me invadía. Mi cabeza y mi corazón luchaban por ver cuál vencía dentro de mí, sin conseguirlo plenamente ninguno de ellos.

Saqué el papel y distinguí de inmediato la letra de mi padre. Esa letra siempre regular y perfecta, de igual medida y pulcritud. La carta no tenía fecha pero el olor y el color del papel demostraban que había sido escrita muchos años atrás.

Sin darme cuenta, mientras hacía todo eso, fui caminando hacia un lugar de la casa donde podría estar solo pero con su recuerdo muy vivo. Me senté y suspirando profundamente comencé a leer...



S T D X J
Q V Y B E F W O Ñ S A G

Dicho esto te quité la pelota y me puse a jugar con ella para que intentases quitármela, lo que se produjo de inmediato con la consiguiente alegría por tu parte. Como buen niño olvidaste la pregunta y te centraste en el juego.

Hoy quiero contestarte a esa maravillosa pregunta, para que nunca lo olvides y para que pueda ayudarte a conseguir la felicidad que yo sentí durante mi vida en muchos momentos.

Mira, hijo, la vida es una cuestión de argumentos. La felicidad no depende de quién seas, ni de lo que tengas. La felicidad depende del argumento que sustenta todo el inmenso esfuerzo que hay que hacer para seguir caminando cada día en medio de las dificultades. Si no tienes un "por qué" que justifique ese esfuerzo, la vida no tiene sentido.

Yo encontré ese "por qué" dos veces en mi vida. El primer argumento maravilloso que me hacía sonreír en medio de las dificultades fue el amor por tu madre. Ese amor que me hacía sentir vivo y afortunado. Ese amor que nunca dejó de crecer.

El segundo gran argumento fuiste tú. Cada mañana cuando te despertabas y me besabas, cada juego, cada tarde de cine, eran para mí motivo más que suficiente para querer luchar más que nadie y procurarte todo aquello que necesitas.

Por eso siempre sonreía, mi vida tenía todo el sentido del mundo. Mis argumentos para luchar y vivir eran indestructibles.

No te dejes engañar, busca siempre el amor. Si no te gusta con quien estás, déjalo y busca a alguien por el que darías la vida, a alguien por quien harías cualquier cosa sin pedir nada a cambio, porque esa es tu felicidad. Que no te importe lo que opinarán otros, lo que dirán de ti, lo que inventarán. La envidia es el fruto de no saber por qué y para qué vives, mientras ves la felicidad en otro.

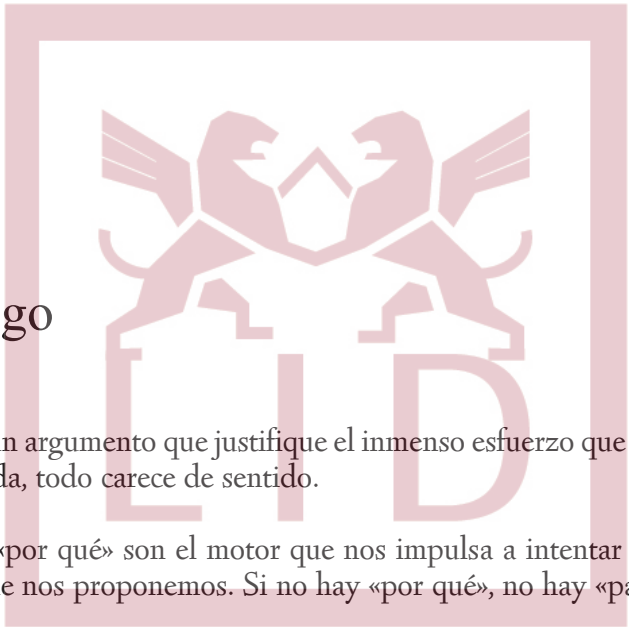
Si lo que haces no te gusta, déjalo también. Ama lo que haces o haz lo que amas. Busca sin parar, abandona tantas veces como sea necesario hasta que encuentres lo que, de verdad, te llena de satisfacción porque tiene sentido para ti. Nunca te rindas en esa búsqueda, tu felicidad depende de ello.

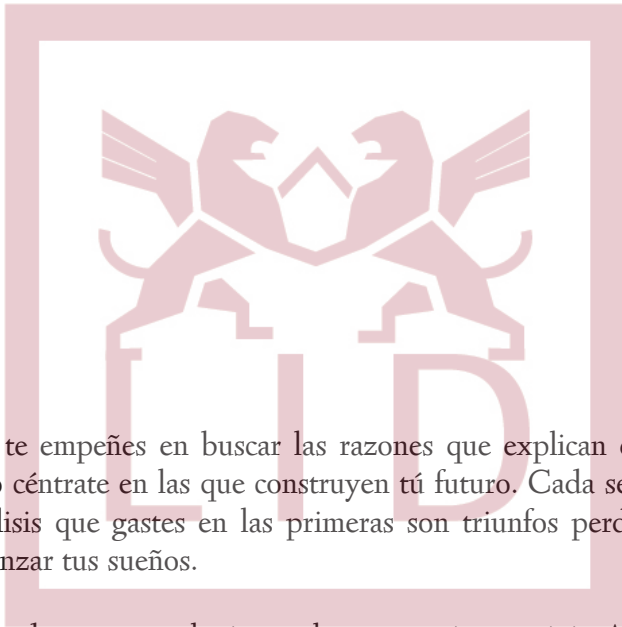
Quizá ahora entiendas por qué siempre sonreía, tenía motivos sobrados. Seguro que mientras has leído esta carta, desde algún lugar desconocido por los dos, te he estado observando con una sonrisa inmensa.

Te quiero, nunca lo olvides.

Me quedé sentado un buen rato con la carta entre mis manos mientras pensaba en cada palabra escrita en aquel papel. Volví a meterla en el sobre y la guardé en el bolsillo de mi camisa, cerca del corazón. Me levanté y con una sonrisa me encaminé hacia donde yacía mi padre. Me acerqué a él y en un susurro le dije: «te juro que nunca, nunca, nunca olvidaré tu sonrisa. Yo también te quiero».

Epílogo

- 
- A Sin un argumento que justifique el inmenso esfuerzo que significa la vida, todo carece de sentido.
 - ⚡ Los «por qué» son el motor que nos impulsa a intentar alcanzar lo que nos proponemos. Si no hay «por qué», no hay «para qué».
 - C Nunca trabajes en aquello que no amas. Haz lo que amas o ama lo que haces. Esa, sin ninguna duda, es la base del éxito.
 - ⚡ Nunca nadie podrá motivarte, ni tú deberías exigirselo. Lo único importante es buscar a quien mejor te ayude a encontrar tu argumento. Escucha, escucha, escucha y escucha... Luego decide tus razones y ponte en marcha.
 - ⊖ No avances hasta descubrir «por qué». No importa el tiempo que te lleve encontrarlo, hasta su búsqueda es apasionante.



- ⌘ No te empeñes en buscar las razones que explican el pasado, solo céntrate en las que construyen tú futuro. Cada segundo de análisis que gastes en las primeras son triunfos perdidos para alcanzar tus sueños.
- G Cuando se ama a alguien o algo, se empieza a vivir. Amo, luego existo.
- H Apasionate con tus proyectos. La mejor prueba de que eso te está ocurriendo es el número de minutos que sonríes al día.





EL TESORO

Gonzalo no sabía qué hacer. La situación era complicada. La crisis le había hecho daño y su negocio se resentía gravemente.

–¡Mierda, mierda y mierda! –dijo en alto mientras en su ordenador aparecían las cifras que demostraban la bajada en picado de las ventas, la subida imparable de las de pérdidas y los demás detalles contables de su pequeña empresa. Un correo electrónico de su asesor fiscal había vomitado sin contemplaciones aquel desastre.

Sus ojos, que no dejaban de mirar la pantalla y servían de camino para instalar las malas noticias en su cerebro, no pudieron ver que, en aquel momento, su hijo pequeño abría la puerta de la habitación y entraba con la intención de darle las buenas noches.

El niño avanzó hacia él con una sonrisa, esperando los brazos cariñosos de su papá que le hacían irse a la cama lleno de felicidad. Le había llevado hasta allí su madre, como cada noche. Ella observaba, apoyada en el quicio de la puerta, cómo su hijo, tambaleándose ligeramente, se acercaba a su ídolo.

Sin embargo, el impacto de las malas noticias hizo que Gonzalo ni siquiera se percatase de la presencia del niño. Conservando la sonrisa y el peluche en los brazos, el niño miraba fijamente a su padre.

Después de unos segundos, y viendo que su padre no le atendía, alargó la mano y le tiró de la manga de la camisa... pero no ocurrió nada.

–¿Quieres hacer caso a tu pobre hijo? Ha venido a darte las buenas noches –le dijo su mujer con cierto tono de reproche.

La cabeza de Gonzalo hizo un rápido movimiento para mirar a su mujer e inmediatamente a su hijo.

–¡Corazón! ¿Qué tal mi rey? ¿Te vas a la camita? –le dijo mientras le cogía en brazos y le llenaba de besos.

Transcurrieron un par de minutos con el pequeño en brazos. Los besos y las sonrisas entre los dos no cesaron.

–Venga, chiquitín, a la cama –le dijo su madre–. Es muy tarde.

–Adiós, mi amor, hasta mañana. ¡Qué descanses! –le dijo su padre mientras le llenaba de besos.

El niño pasó de los brazos de su padre a los de su madre, a quien se abrazó con fuerza.

–Ahora vengo –le dijo Rocío a su marido.

–Sí, tenemos que hablar –le dijo mientras señalaba el ordenador.

Pocos minutos después su mujer apareció y él le informó de la situación.

–Mañana iré a ver a Ignacio. Intentaré venderle una parte del negocio. Es la única salida que nos queda si queremos superar esta situación. ¡Ojalá me tocara la lotería!

Ignacio era un gran empresario al que había conocido años atrás y cuyos recursos financieros eran tan potentes como reconocidos.

Días después, cuando Gonzalo entró en el suntuoso despacho del empresario, le llamó la atención el rictus triste que tenía su cara.

Ignacio le pidió que se sentara junto a él para poder estudiar juntos el documento que le traía. Gonzalo abrió su «Mac» y al encenderse

apareció la imagen que tenía en su escritorio: una foto de su mujer y su hijo.

–¡Qué suerte! –dijo Ignacio.

Instintivamente Gonzalo miró a Ignacio y vio algo que nunca hubiese podido imaginar: estaba llorando.

–Lo siento, lo siento, discúlpame, es que... –dijo Ignacio mientras pasaba sus manos por los ojos para intentar secar sus lágrimas.

Un profundo silencio se hizo dueño del momento.

–¡Qué gran tesoro tienes! ¡Qué envidia! –consiguió decir Ignacio sin dejar de mirar la foto.

–Pero Ignacio –le dijo Gonzalo–, si tú eres un hombre rico, lleno de cosas deseables...

–¿Eso crees? –prosiguió Ignacio mientras se levantaba, apoyaba su mano en el hombro de Gonzalo y se encaminaba a la ventana–. Hace unos años encontré a mi hijo inconsciente después de haberse metido una sobredosis de droga. Le llevé todo lo rápido que pude al hospital y los médicos consiguieron salvarle la vida pero su cerebro quedó «tocado» para el resto de su vida. Ya nunca volvió a ser como antes.

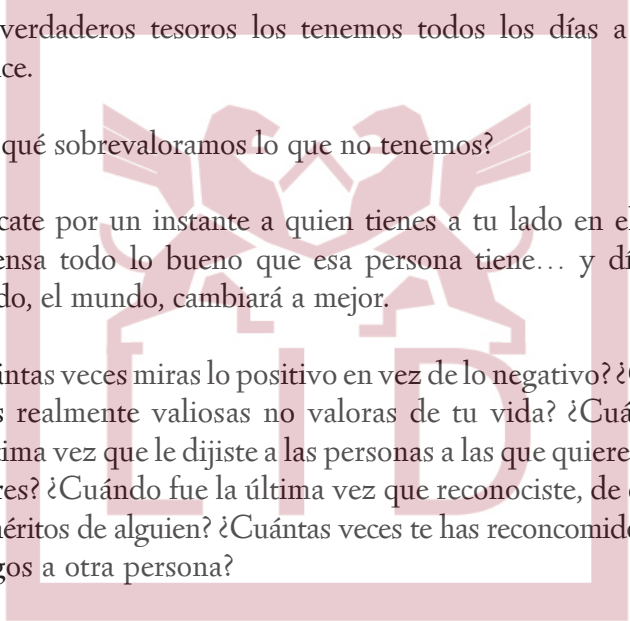
De nuevo apareció el silencio. En este momento fueron el respeto y la tristeza quienes lo trajeron.

–Podrás imaginar que daría todo lo que tengo por tener otra vez a mi hijo y poder disfrutar la vida con él.

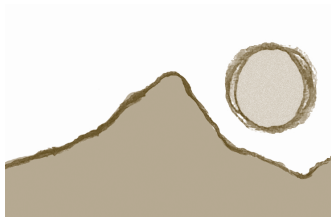
En ese instante, miró fijamente a los ojos de Gonzalo y, con la sabiduría del drama y la ternura de la comprensión, le dijo:

–Cuida ese tesoro. No puedes ni imaginar el valor que tiene.

Epílogo

- 
- 🕒 Los verdaderos tesoros los tenemos todos los días a nuestro alcance.
 - 🌿 ¿Por qué sobrevaloramos lo que no tenemos?
 - 🌿 Acércate por un instante a quien tienes a tu lado en el trabajo y piensa todo lo bueno que esa persona tiene... y díselo. Tu mundo, el mundo, cambiará a mejor.
 - 🕒 ¿Cuántas veces miras lo positivo en vez de lo negativo? ¿Cuántas cosas realmente valiosas no valoras de tu vida? ¿Cuándo fue la última vez que le dijiste a las personas a las que quieres que las quieres? ¿Cuándo fue la última vez que reconociste, de corazón, los méritos de alguien? ¿Cuántas veces te has reconcomido por los halagos a otra persona?
 - 🕒 Si la tristeza te embarga al pasar momentos difíciles, piensa en todo lo bueno que hay a tu alrededor y lucha por mantenerlo. Actuar en ese sentido te dará la fuerza que esos momentos intentan robarte.

¿Si alguien te diese
10 millones de euros
por tus ojos,
se los darías?



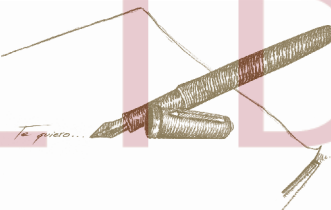
No lo creo, pues
perderías la posibilidad
de ver a tus hijos,
a tus seres queridos,
un amanecer,
una obra de arte...

¿Si alguien te diese
10 millones de euros
por tu boca,
se la darías?



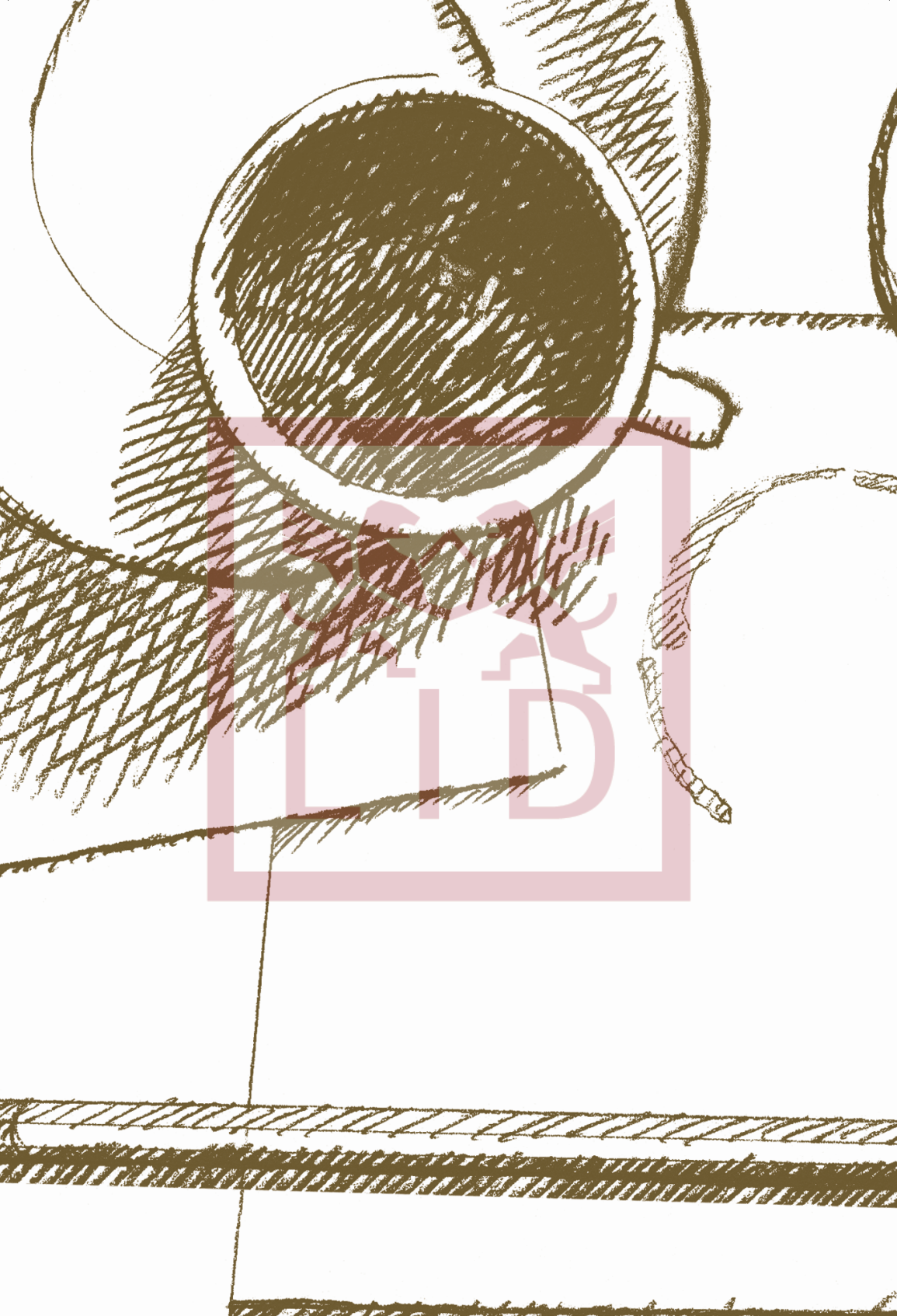
No lo creo, pues
perderías la posibilidad
de besar a quien amas,
de hablar con tus
amigos, de saborear
una buena comida...

¿Si alguien te diese
10 millones de euros
por tus manos,
se las darías?



No lo creo,
pues perderías la
posibilidad de acariciar
a tus seres queridos,
de escribir...

No necesito seguir, acabo de demostrarte que posees 30 millones de euros y no eres consciente de ello. Tienes un inmenso tesoro y puedes disfrutarlo cada día, de ti depende.





*Desde la fría cumbre
se retorcía embelesada
la caricia suave
de aquella gente...*

